

Para un mejor aprovechamiento del tema, se recomienda seguir los siguientes pasos:

- Que cada cónyuge realice una primera lectura individual.
- Que, posteriormente, lo lean conjuntamente ambos cónyuges para profundizar en el texto, consultar referencias, poner en común y establecer un diálogo entorno a las preguntas conyugales.
- Que, finalmente, se trabajen las preguntas para el diálogo en equipo preparando así la reunión.

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

VI. VIVIR EN EL CORAZÓN DE CRISTO: LA CONSAGRACIÓN

1)	CONSAGRARSE A LA FAMILIA: INTRODUCCIÓN	1
2)	CONSAGRARSE EN LOS SACRAMENTOS.....	3
3)	CONSAGRARSE AL CORAZÓN DE JESÚS.....	4
4)	PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO CONYUGAL.....	6
5)	PREGUNTAS PARA EL DIÁLOGO EN EL EQUIPO	6
6)	PRÁCTICAS	6

Si hablamos de la *devoción* al corazón de Cristo, lo hacemos porque “devoción” significa entrega. Esta entrega puede llamarse también “consagración”, práctica que ha surgido en la Iglesia en torno al corazón de Jesús y al de María. También Familias de Betania practica la consagración de toda la familia al Corazón de Jesús. ¿Qué significado tiene?

1) *Consagrarse a la familia: Introducción*

Hay un modo amplio de entender la palabra “consagrarse”. Se dice de una persona que se ha consagrado a su trabajo, o a una causa, o a su cónyuge enfermo... Aquí consagrarse es dedicarse radicalmente a algo, de forma que esto sea el contenido central de la vida.

En español esta dedicación total puede expresarse con la palabra “desvivirse”. La paradoja es que solo vivimos verdaderamente si tenemos algo o alguien por quien desvivirnos. Es la frase de Jesús: quien pierda su vida la encontrará (Mt 16,25).

Esta consagración o dedicación radical podría entenderse mal. En los totalitarismos se pide a la persona que se consagre al partido, de modo que desaparezca en aras del todo. Entonces la consagración sería olvidarse de sí, entenderse como mera parte, dejar de importar. Pero la persona nunca es una mera parte de algo. Ella siempre es un todo.

Por eso, para el cristiano la dedicación o entrega no elimina lo propio de la persona. Lo que ocurre, más bien, es que la persona se forja en la comunión. Somos personas, con nombre propio, en primer lugar, porque otros nos han engendrado y acogido en su comunión. Somos el fruto de una entrega, y nuestra plenitud pasa por aceptar y practicar la entrega. Podemos ver esto desde algunas experiencias familiares.

a) Está, en primer lugar, *el nombre recibido al nacer*. Ya en la antigüedad los nombres significaban la vocación de la persona. El nombre nos marca una misión, nos dedica a ella. Hoy, cuando los padres eligen un nombre de la tradición familiar, o el nombre de un santo, dan una dirección a su hijo que le consagra a vivir de una cierta manera. Por eso la primera dedicación o consagración de nuestra vida no es un acto nuestro: nos consagran u ofrecen al darnos un nombre, como cuando los padres ofrecen a su hijo a la Virgen, poniéndolo bajo su manto. Además, esta primera dedicación del nombre se asocia a una pertenencia familiar, marcada por el apellido. Por tanto, al darnos nombre se nos consagra a una misión desde nuestra pertenencia a la historia de la familia.

b) Otra consagración o dedicación aparece en el *matrimonio*. Al casarnos pasamos a pertenecer a una alianza común, y estamos llamados a vivir para esa alianza. Casarse significa decir: si no nos salvamos juntos (o, al menos: si no me dedico radicalmente a salvarnos juntos), no me salvo tampoco a mí mismo. También en este caso la dedicación esponsal supone una pertenencia: pertenencia a la familia nueva que ha nacido en la boda. Nos dedicamos o consagramos a vivir para la alianza que se nos ha dado, en fidelidad a ella. Acoger al otro como esposo implica dedicarse a esta tarea común: construir nuestra familia.

c) Otra consagración sucede *cuando llegan los hijos a un matrimonio*. Suena entonces para los padres una hora de entrega radical. Pues existe ahora un ser en el mundo por el que están obligados a dar la vida. Ser padre o madre implica consagrarse a la vida de los hijos, que es consagrarse a un futuro que trasciende a los padres y a la vez les plenifica.

Del repaso de estas experiencias concluimos que toda consagración supone una pertenencia a una comunidad o ambiente personal. Cuando se nos consagra con un nombre se nos introduce en ese ambiente familiar y se nos llama a edificarlo.

En todo esto vemos ya que la consagración tiene que ver con el corazón. Pues el corazón es ese lugar de nuestra persona que se abre al amor y a la comunión. Uno puede pertenecer a una familia porque tiene corazón, el cual le permite descubrir la presencia de las personas amadas dentro de sí. Siempre que hay una consagración se toca el corazón de la persona. Y solo podemos consagrarnos a otro corazón.

Ahora bien, nos queda todavía algo fundamental. Pues la palabra consagración contiene dentro la palabra “sagrado”. Es esencial ver cómo todas estas experiencias se refieren a la presencia de Dios en nuestra vida. Propiamente, la consagración solo es posible si Dios anda por medio. Veamos cómo.

2) Consagrarse en los sacramentos

Las experiencias de que antes hablamos tienen que ver todas con la presencia y acción de Dios. Unos padres pueden dar el nombre a sus hijos, marcando su destino, solo porque han experimentado que ellos han recibido esos hijos de Dios. Lo mismo podemos decir de los esposos: se pueden entregar radicalmente el uno al otro porque el Creador ha establecido la diferencia sexual donde se unen ambos. Su pertenencia común es a la vez una alianza con Dios, que ha unido a marido y mujer.

Ahora bien, la pertenencia a la familia nos liga a esos espacios cotidianos que Dios ha creado para que el hombre los habite. Pero la consagración en sentido propio implica que el hombre entre en el espacio de Dios mismo.

Es lo que ocurre cuando Dios se aparece a Moisés en la zarza y le pide que se descalce, pues pisa lugar sagrado. La zarza muestra el misterio de Dios que es amor: como la zarza, el amor arde, pero no nos consume. Y, por ser amor, Dios tiene espacio para acoger al hombre. Consagrarse es entrar en ese espacio, que es el espacio del culto. Como este es un espacio de amor, podemos hablar también del espacio del corazón de Dios, en que Dios quiere hacer alianza con nosotros.

Ante esto surge una pregunta: si entramos en el espacio del culto, ¿no hay que abandonar entonces esos espacios cotidianos de alianza con Dios que, como hemos visto, se viven en la familia?

La imagen de la zarza ardiente ha sido reinterpretada por los Padres de la Iglesia a la luz de la venida de Cristo. Aparece referida a la virgen María. Ella es zarza que arde sin consumirse porque es madre (ardiente) y virgen (no se consume). Por eso se ha representado a María en una zarza, y en sus brazos Jesús, manifestación plena del amor de Dios.

De este modo vemos que cambia el tipo de consagración. Pues ahora, para acercarse a esta zarza ardiendo, no hace falta abandonar los espacios de cada día. El espacio más originario del hombre, que es el espacio de la madre que acoge al hijo en el hogar, es el mismo espacio donde está Dios plenamente.

Este es el misterio del corazón de Jesús. El amor divino, transcendente, que nos pide abandonar todo espacio humano, ha venido a habitar y a manifestarse en nuestros espacios de cada día. Ahora es posible unirse con Dios en el espacio del hogar y en el espacio del trabajo y en el espacio de la ciudad. La consagración no implica ya abandonar los lugares del mundo. La consagración implica que Cristo, desde su corazón abierto, toque estos lugares y los transforme y los introduzca en Él.

¿Y cuál es entonces el lugar central de la consagración, donde el corazón de Cristo toca los espacios del mundo? Es la Eucaristía. Allí el cuerpo de Jesús nos

incorpora a sí. La consagración de quien participa en la Eucaristía no implica alejarse del cuerpo, sino introducir nuestro cuerpo en el de Cristo.

Desde la Eucaristía se revelan otros momentos de consagración, en los distintos sacramentos. Podemos unirlos a las tres experiencias familiares que hemos descrito antes y que conllevan ya una cierta consagración o dedicación.

a) La experiencia de recibir un nombre culmina en el *bautismo*. Allí Dios actúa consagrándonos, es decir, introduciéndonos en el cuerpo de Cristo para que podamos recibir los dones del Padre. Por el bautismo pasamos a vivir ya en la esfera del amor de Cristo. Gracias al bautismo todo lo que realizamos en el cuerpo toca el corazón de Cristo. Entendemos que no hay nada nuestro que le deje indiferente. Y podemos confiarnos radicalmente a Él.

b) A la experiencia de la unión esponsal, donde un esposo se dedica al otro, corresponde el sacramento del *matrimonio*. Hay aquí también una consagración, porque gracias a Cristo el amor humano entra en el corazón de Dios. La consagración afecta ahora, no solo al espacio del cuerpo de cada uno (bautismo), sino al espacio del cuerpo de hombre y mujer en su diferencia sexual. Este cuerpo (“una sola carne”) resulta ser cuerpo sagrado, donde es posible que nazca y madure un amor como el de Cristo y su Iglesia. Por esta consagración los esposos entienden que la relación entre ellos no deja indiferente al corazón de Cristo. El modo en que ellos se unen, se aman, se perdonan, le afecta en lo más hondo.

c) A la experiencia de generar un hijo, por el que los padres se dedican o consagran al hijo, podemos unir la *confirmación*. Pues por este sacramento somos capaces, no solo de recibir dones de Dios, sino de testimoniarlos y de hacerlos fecundos. Por la confirmación no solo recibimos un espacio de pertenencia, sino que trabajamos para expandir y dilatar ese espacio. La confirmación, por tanto, consagra nuestro obrar, nuestra capacidad de generar relaciones maduras. Por eso es idónea para desempeñar el papel de padres y de educadores.

Con todo esto hemos empezado ya un tercer paso: la consagración al corazón de Jesús.

3) Consagrarse al corazón de Jesús

Ya hemos visto que la consagración al corazón de Cristo sucede en los sacramentos. Resumamos lo dicho. La consagración sacramental mana de la Eucaristía, y se dilata de distintos modos. En el *bautismo* se consagra al corazón de Cristo nuestro cuerpo, pues pasamos a pertenecer al cuerpo de Cristo. Por el *matrimonio* se consagra al corazón de Cristo el amor del marido y la mujer, que pasan a vivir su amor desde el amor de Cristo. Por la *confirmación* se consagra al corazón de Cristo nuestro trabajo y nuestra acción para edificar en el mundo el cuerpo de Cristo.

A esta luz podemos preguntarnos: ¿qué sentido tiene añadir a todo esto una consagración personal al corazón de Cristo?

Esta consagración tiene sentido como expansión de lo que sucede en las consagraciones de los demás sacramentos. En ellas se da la pertenencia radical a Cristo, pero es necesario luego expandir esa pertenencia a todos los ámbitos y

momentos de nuestra vida. Por eso pueden darse nuevas consagraciones, según los distintos ámbitos y las distintas etapas vitales. Veámoslo en las distintas dimensiones que hemos señalado hasta ahora.

Por un lado, puede extenderse la consagración bautismal, si recibimos nuevos dones de Dios que acrecientan nuestra pertenencia a Él. Esta consagración conlleva renovar nuestra confianza en el corazón de Cristo, aprendiendo que estamos en sus manos que nos cuidan. Puede darse cuando se reciben nuevas alegrías, y también nuevos momentos de prueba. Pues estos también son dones suyos, si es prueba fecunda.

También se puede extender la consagración del sacramento del matrimonio. En el matrimonio se consagra la relación de los esposos. Pero esta relación se expande luego, porque la familia está llamada a crecer y a vivificar los distintos espacios sociales. Si la familia, por ejemplo, se liga a un espacio eclesial, vivido como familia de familias, se consagra a cultivar ese espacio. También puede darse una consagración según las distintas etapas de la vida matrimonial: cuando llegan los hijos o en distintos aniversarios o ante una enfermedad imprevista.

La consagración de la confirmación se extiende cuando aceptamos nuevos trabajos o misiones y los vivimos como modo de expandir las relaciones del cuerpo de Cristo. Es una consagración de nuestra fuerza para obrar, para llevar a otros a Cristo, para encenderles en su amor. Puede repetirse en distintos momentos de nuestra vida: cuando crece nuestra capacidad de generar, o cuando aprendemos nuevos modos de ser fecundos: el artista en sus obras, el enfermo en su dolor, el anciano desde su sabiduría...

Estas formas de consagración al corazón de Cristo son necesarias hoy especialmente, pues falta una cultura cristiana inspirada por la Eucaristía. Es decir, nos falta el terreno adecuado para que pueda florecer la vida cristiana que expande el reino de Dios. Nunca nos faltará, es cierto, el terreno fundamental, que está dado en la Eucaristía y en los demás sacramentos. Pero ese terreno es inoperante si no se lo entronca con el resto de la vida.

La consagración al corazón de Jesús expande estos espacios desde los que es posible vivir en Dios y para Dios. Significa que el corazón de Cristo se expande para iluminar y calentar un nuevo espacio de nuestra vida. Por eso la consagración se dirige siempre a edificar cultura cristiana. Así que la consagración no es nunca un acto solitario, sino que nos implica siempre juntos. De hecho, la consagración al corazón de Cristo ha tenido siempre este aspecto de comunión: se ha consagrado la familia, o una nación, o incluso el mundo entero.

Para que se dé esta consagración no es necesario que todos los miembros de la comunidad quieran hacerla, aunque esto último es preferible. Es posible que algunos la hagan en nombre de otros, incluyéndoles en este acto. Por eso el Papa León XIII pudo consagrar al corazón de Jesús el mundo entero, explicando que también se consagraba a los no cristianos. La razón es que Cristo es el principio y la plenitud de todos y llama a todos a esa plenitud.

Como vemos, todas estas consagraciones se hacen al *corazón* de Cristo, y ha de hacerse *desde el corazón*, porque el corazón es el lugar de las relaciones. El corazón de Cristo se nos ha dado en la Eucaristía, relacionamente. Por eso

consagrar es sinónimo de “eucaristizar”. Consagramos un ambiente o una época de nuestra vida cuando las ponemos en relación con las relaciones de la Eucaristía y con el camino de plenitud que nos abren. Hasta elevar a Dios todas las cosas: “¡por Cristo, con Él y en Él, todo honor y gloria al Padre!”

4) Preguntas para el diálogo conyugal

1. ¿Por quién o por qué se desvive cada uno de nosotros? ¿es este “desvivirse” algo que nos da la vida, como plantea el Evangelio o, por el contrario, es un desvivirse por cuestiones que nos alejan de Dios, del otro o de nuestros hijos?
2. En vuestra consagración matrimonial, ¿qué cosas hacéis el uno por el otro para “salvaros” mutuamente? ¿qué otras os podrían ayudar a caminar juntos hacia el cielo, amándoos más y mejor?
3. ¿Os habéis planteado la Consagración a la Virgen o al Sagrado Corazón, como camino de fecundidad familiar?

5) Preguntas para el diálogo en el equipo

4. ¿Qué significa la consagración?
5. ¿Qué papel juegan los sacramentos, particularmente la Eucaristía, en la consagración?
6. ¿Qué particularidad tiene la consagración al corazón de Jesús?
7. ¿Podría tu familia consagrarse al corazón de Jesús?

6) Prácticas

Recitar diariamente o semanalmente en familia la tercera serie de Letanías al *Cor Jesu* insistiendo en la petición “¡haznos fuente de amor!”